

*“El Pata de Cuete”, la insistencia de la inscripción de una huella en lo Real.*

*Alex Droppelmann -Chile*

Me voy a referir a lo que habitualmente solemos llamar como un personaje. Es decir alguien posible de ser reconocido como una persona de cierto peso por los otros de la ciudad, pueblo, esquina o barrio según sea la extensión del lugar que este habita en su permanencia y desplazamientos.

Se les encuentra siempre en el mismo lugar y a la misma hora, según sea el recorrido que establecen. Esa esquina a una hora, ese pórtico a otra.

Se inscribe esta historia en la trama de un trabajo más extenso que intento recoger próximamente en un libro donde se puedan inscribir las historias de estos psicóticos que he dado en llamar locos urbanos. Historias que he recabado a lo largo de todo Chile en el marco de una investigación que he realizado apoyado por estudiantes, en su calidad de co-investigadores.

Sujetos que son personajes porque encarnan la efectuación de un cierto Acto-Acting particular, por el cual son reconocidos y posteriormente recordados por los habitantes de una particular ciudad.

En este caso singular se trata de un sujeto apodado el “Pata de Cuete”, quien recorre las calles de la ciudad de Iquique a “pata pelada” o a pié desnudo, mas precisamente ciertas calles de la ciudad. El va caminando y estrellando, en un ritmo aleatorio después de algunos pasos, su pata contra el pavimento de la acera. Golpe que produce un tremendo estrépito, un ruido similar al del reventón de un cuete.

“El pata de Cuete”, es el nombre que un psicótico, de aquellos que yo he dado en llamar locos urbanos, por la singularidad de la atadura que ellos tienen respecto de un barrio, una calle, en fin , un lugar en su ciudad. “El pata de Cuete” no es sino uno de los muchos psicóticos que habitan nuestras ciudades sosteniendo una particular función, que en esto de repetirse día a día termina por ser reconocida por el otro en un cierto acto de nominación. Son sujetos nominados por los otros , es decir sostenidos en el nombre que el otro le dona en un acto involuntario de suplencia, de ortopedia, nominación y en cierto modo de donación de un nombre que el padre en deuda no pudo inscribir.

“El pata de Cuete” deviene de este modo personaje como uno de los muchos que podemos reconocer en la actualidad en nuestras propias ciudades . Siempre en un

mismo lugar, en un particular espacio o circuito que ellos insisten en recorrer, en un intento por inscribir allí algo de una subjetividad que se vuelve puro devenir. Subjetividad perceptual, que en esto de ir y venir continuamente se hace ver por el otro, para de ese modo aparecer, consistir en aquello que no existe. Algo así como insistir (repetir) para existir. Ir, siempre ir. Los locos urbanos no se devuelven en su peregrinar, van siempre adelante, no hay nada que retorne en ellos, es siempre un ir para devenir.

La historia del “Pata de Cuete”, es un recuerdo popular. Es la historia de un loco que le hace falta a los habitantes de Iquique, una ciudad del Norte de Chile. Esta inscrito entre los recuerdos que le son propios a los habitantes de esa ciudad. El “Pata de Cuete” es uno de los locos urbanos al que se le recuerda en la ciudad. Han pasado buenos intendentes, médicos memorables y abnegados, algunos políticos honrados e incluso varios generosos maestros. A ellos no se les recuerda, al parecer no hacen falta. El “Pata de cuete” al parecer si hace falta en el Otro. Inscripción de la falta en el Otro que nos permite hablar de un anudamiento a partir de una cierta nominación que se desprende de este particular apodo: “El Pata de Cuete”. Al fin y al cabo un apodo que se gesta en el real de un Acto-Acting, que sostenido en la especularidad del otro del semejante arma la traza yoica que permite la ortopedia de una nominación sostenida en un apodo.

Operación de anudamiento del Sintome, a partir, inicialmente de un reconocimiento especular, (el ser visto y sostenido en la mirada del otro del semejante), para pasar a la inscripción de una cierta nominación en el apodo o nombre que el Otro de la ciudad instala y de algún modo le provee.

Un nombre que no da para inscribirlo pero hace tangencia a lo simbólico. De cualquier modo un nombre que del otro adviene al Otro restituyendo algo del orden de la posibilidad de una representación que nunca advino. Apodo que hace de suplencia a una nominación estructuralmente imposible que no obstante se soporta en la función de reconocimiento que el Sinthome provee.

Algo así como, lo que el Padre no dio el Sinthome nos lo presta.

“ El pata de Cuete “ se ha ganado su apodo como lo habremos de ver, con el sudor y el dolor de sus pies. Se lo ha ganado en cierto modo heroicamente, en una ciudad de héroes nacionales. La ciudad de la gesta de una batalla memorable donde destacan los nombres de algunos héroes, que como todo el que se merezca tal calificación es héroe muerto, por una causa más o menos venerable. No hay héroe vivo que se merezca el respeto de nadie, si vive se adivina que en algún punto no donó su sangre

convenientemente. De modo que es una ciudad de héroes a los que se les celebra como padres de la Patria.

De este modo la trama urbana de la ciudad de Iquique esta señalada en sus calles por los nombres de grandes hombres, de héroes y padres.

Al parecer los nombres de las rutas de los circuitos que establecen los locos urbanos en su ciudad no son casuales, no son cualquiera, invitan a pensar que algo se ata en ellos. Alguna traza significativa le hace sentido al sinsentido del delirio. Algo le sostienen los nombres ajenos, los de las calles que soportan el tránsito del delirante, de los que he dado en denominar locos urbanos.

Veámos en un Caso presentado en el marco del Seminario de Abel Langer, en el hospital Borda donde fui invitado a exponer, de un psicótico que relataba haber tenido un accidente donde había muerto y de ese modo había sido recibido por Dios en el Paraíso. El relataba que Dios le había dicho que lo iba a resucitar para que este predicara el evangelio. Se le apoda “El predicador”, respecto del cual yo señalaba que dicha predica particularmente la realiza a la hora de mayor gente, en una calle de la ciudad de Viña del Mar : la calle Valparaíso. Que después este seguía un circuito por la calle Libertad.

Algo de cierta geometría del espacio le ordenan estas denominaciones a los locos urbanos, que al ser recorridas día a día en un circuito que se repite, dibujan o bosquejan algo de lo heimlich, que al retornar umheimlich debe armar un andamiaje en el cada vez de una sincronía. Arquitectos que dibujan la trama de un espacio en el soporte del Block Maravilloso. Urbanista de espacios que se construyen en la virtualidad del paso, del andar, del recorrido. Del ir yendo. Al modo de Dionisio Faúndez ,poeta argentino y loco, que recorría las calles semi-desnudo en los brotes de su locura, quién al ser detenido por las autoridades y ser inquirido por el oficio que desempeña , dice : Mi oficio es andar andando.

Huella que sin inscribirse en lo simbólico deja huella en el imaginario colectivo de los habitantes del lugar que el loco urbano se empeña en recorrer.

Por otro lado al ser estos recorridos por momentos circuitos y no mero deambular azaroso, permite suponer que algo de la temporalidad inscriben en esto del antes y después. Es a diario porque para el psicótico siempre es a diario. Día a día. Pero dentro del día habrá mañana y tarde, aunque no más tarde o más temprano.

Hay algo de una secuencia que se desprende de estos recorridos de los locos urbanos, que en cierto modo, le presta una delgada hebra temporal a estos intentos de anudamiento.

Calles que el “Pata de Cuete”, recorre día a día en una repetición más allá del tiempo.

Es decir a diario, diariamente.

Loco, local y localizado se podría decir del “Pata de Cuete”

Secuencias ligadas al soporte de la mirada que el otro del semejante le otorga al instalar una función imaginaria que hace de sostén de reconocimiento.

Es así como el “Pata de Cuete”, del mismo modo como hacen otros locos urbanos, intenta preca-verse de que existan ojos suficientes que presencien su Acto-Acting. Un cierto saber respecto del donde y cuando de la efectuación de su Acto-Acting. Misma hora y mismo lugar. Un lugar a una hora y otro a otra. Espacios a recorrer a tiempo donde el público le devuelva en la mirada la justeza de su elección. Espacios dónde en el caso del “pata de Cuete”, el otro del semejante lo escuche en el estrépito de un golpe que no en un palabra insuficiente. Es así como recorre las calles Prat, OHiggins, Guardiamarina Riquelme, almirante Zenteno, en fin todas ellas calles el centro de la ciudad de Iquique, ciudad de héroes , de padres y también de tumbas. De buenos y grandes padres, ya que al menos los padres no los dejan como los abandonó el salitre dejándolos en la pobreza. De allí que en Iquique prosperan las agrupaciones del tipo “ hijos de la ciudad”. Los hay también “hijos del salitre” , pero estos últimos son más melancólicos.

Recorre estas calles entonces el “Pata de Cuete” y es requerido a su paso para que muestre un enorme pié desnudo ( cuentan que tenía un pié enorme de tanto golpearlo contra la acera), para que a “pata pelada”, (es decir sin velamientos, sin nada que medie al modo de una media), estrelle ferozmente la planta de su pié contra la acera, produciendo el estrépito de un cuete que revienta contra el pavimento.

Producido el estrépito la gente se le acerca y le dona una moneda que este recibe con la mano. Lograda la donación reinicia el paso para que interpelado por los gritos de la gente, quienes lo señalan por su apodo, se detenga y repita la operación de estrellamiento. Así paso, a paso, golpe a golpe se hace camino al andar.

A los gritos de “Pata de Cuete”, este se detiene y golpea la planta de su pié desnudo en la dura acera del pavimento, sin dejar más huella que la del estrépito del cuete.

Podemos decir que el “Pata de Cuete”, tuvo en cierto modo “mala Pata”, en esto de que alguien no hubiese pagado lo suyo en términos de donación. En esto de que la metáfora

del Nombre del padre, que aunque a nivel del lenguaje pueda estar disponible, no haya completado la necesaria operación de castración que instalara el menos Fi.

Es a partir de la forclusión, de la *verwerfung* desde donde el queda arrojado, como “El pata de Cuete” intenta en la errancia instalar algo del yerro. Errante que intenta en vano errar para en vano barrar al Otro. Si bien no le alcanza para imprimir una huella, le permite no obstante, la marca de un apodo que en algo lo represente.

Inscripción fónica paso a paso, que en un insuficiente pas de sens, no se constituye más que en la sonoridad del estallido de un cuete, producido por la planta de un pie que se estrella contra la acera sin implantar la huella. No queda plantado, planta sin arraigo, no se enraíza la inscripción de lo Real del palmazo que “El pata de Cuete” intenta inscribir en lo simbólico. Palmazo de puro estrépito, enmascara la voz de un padre ausente que hubiese debido venir a dar a su vez el “palmazo” del bautismo, inscripción que le hubiese permitido tener un nombre, desde el cual hubiese podido hacerse un apodo y no un apodo que apenas alcanza a nombrarlo.

Errancia la del “Pata de Cuete”, en esto de recorrer las calles de la ciudad en un circuito que intenta armar la ortopedia de un espacio y la traza de un tiempo. Categorías del espacio y del tiempo consustanciales al lenguaje, en esto de la sincronía y la diacronía, en esto de las sustituciones y desplazamientos, que en el “Pata de Cuete”, permite un balbuceo efímero como testigo de una palabra que no advino.

Podemos soportar entonces que el Sinthome anude feblemente en la psicosis, no pedirle más hebras y vueltas que las posibles a ese nudo de suplencia, sostener la tensión que la ortopedia posibilita sin pretender sustituir una función que no advendrá. “*No seré donde no hubo*” habría que decir parafraseando y retrucando el : “*wo es war soll ich werden*”, de Freud.

Este trabajo al igual que “El Pata de Cuete” por momentos parecía que no se terminaba de escribir. De hecho avanzaba como podía reglón a reglón entre medio de los tiempos que la Reunión del Lacano permitía.

Actuaba a su vez como contraparte a la angustia de un deseo por hacer el Lacano próximamente en Chile que no prendía lo suficientemente en el otro.

De pronto se me prende a mi otro deseo, el De Aznar, el de la escritura, el de la re-escritura.

Surge así la pregunta acerca del texto que yo escribo sobre un psicótico, que no cesaba de intentar de escribir en lo real una letra, por la imposibilidad de la historia recogida a través de un tercero, por la dificultad de “El pata de Cuete” por inscribirla, por la no

consignación del otro de la escucha, por el tiempo transcurrido desde su muerte, en fin, por múltiples reales que a esa imposibilidad remitían.

¿ Que entonces de este mi Acto de escritura en lo que hace a su inscripción, a la de este que he llamado loco urbano, a la de “El Pata de Cuete”?

Precisamente remite a un modo de avanzar una puntada en un más allá de la voz, del balbuceo o del estrépito del estallido de un cuete.

Un modo de dar a leer en la escritura algo que sonaba fuerte pero que no entregó una letra que diera la traza de una huella inconsciente.

Talvez , desde esta mi escucha , mi lectura y mi escritura, de la de Uds., cobren un valor de inscripción unas letras no advenidas en una historia a ser leída y releída por otro: la de el “Pata de Cuete”.

Su historia, la de su Acto-Acting de inscripción, la del estallido de su pié, que si bien no deja huella en la acera, recobra una traza en la escritura.

Algo de cierta legalidad se reinscribe en este Acto.

De la ilegalidad de este Acto que no obstante legaliza algo de lo que quedó no obstante fuera de la Ley. De eso yo le pido, al modo como lo dice Kristeva a través de Aznar, de eso...yo le pido al “Pata de Cuete”, perdón.

Para finalizar diré, que lo que sonaba y que yo escribo, podría a su vez tomar otro de los infinitos cuerpos posibles que la palabra autoriza, y retrocar de ese modo la escritura de otra letra, la de una canción que más o menos rescrita podría decir como sigue :

“Pata de cuete”, caminante no hay camino, se hace camino al andar”

Aunque no deje huella tu caminar , pero que el fugaz reventar de un cuete sirva para sostenerte en una pata que mal te sostiene : tu apodo.

En cierto modo un nombre : “El Pata de Cuete”...

No es ser como Hamlet : “Uno y alguien”, pero... al menos alguien en la filigrana de la ausencia del Uno.